

Nada es una sola cosa

Artistas: Almalé y Bondía. Javier Aquilué. María Carbonell. Ricardo Cotanda. Montserrat Gómez-Osuna. Louisa Holecz. José Noguero. Sylvia Pennings. Sara Quintero. Teresa Salcedo. Josep Tornero. Lina Vila.

Celebrar a Virginia Woolf con una exposición de arte significa destacar la vinculación de su escritura con las artes plásticas, en especial con la pintura, tan presente en sus novelas y, por supuesto también, en las reseñas, artículos y ensayos sobre la obra de diferentes artistas. El centenario de la edición de *La señora Dalloway* (1925), que como han señalado voces autorizadas inauguró una nueva forma de narrar, fue el motivo que nos impulsó a dedicar la programación anual de La Casa Amarilla al legado de Virginia Woolf, cuya actualidad sigue vigente como queda refrendada cuando leemos sus obras. Es preciso regresar a Virginia Woolf, una escritora que debería ocupar lugar preferente en la literatura junto a nombres como James Joyce o Marcel Proust. Ser mujer no facilita ocupar determinados lugares en el escalafón patriarcal. Ser mujer y además ser mujer suicida condujo a Virginia Woolf al olvido que ya sospechara en vida, cuando perdió el impulso que fortalecía su posición marginal en la habitación propia que con tanto esfuerzo había construido. Y ella, la vital Virginia Woolf, que si algo detestaba era lo sentimental, quedó alojada para siempre en una historia lacrimógena, donde todavía hoy continúa atrapada a pesar de los continuos intentos por rehabilitar su figura y obra; el primero correspondió al movimiento feminista de fines de los años sesenta, tras la lectura del ensayo *Una habitación propia* resultado de las conferencias que había impartido en los departamentos femeninos de la Universidad de Cambridge, en 1928. Para escribir, una mujer debía matar al ángel del hogar -ideal femenino victoriano que le exigía dedicarse al cuidado del esposo, de los hijos, y del hogar- disponer de independencia económica y de un cuarto propio. Condicionantes excesivos que debían someterse el juicio humillante de los hombres. Las mujeres no saben escribir ni pintar, espeta Charles Tansley, uno de los personajes de *Al faro* (1927) a Lily Briscoe, la pintora de la novela de Virginia Woolf a quien la escritora cede sus pensamientos y reflexiones. “Era un extraño sendero el que había que recorrer con la pintura”. A *La señora Dalloway* siguió la escritura de *Al faro*. Las protagonistas de ambas novelas, Clarissa Dalloway y la señora Ramsay, ejercen de perfectas anfitrionas del hogar, son expertas en la organización de fiestas y de reuniones, cuidan del esposo, de los hijos, de los invitados, del jardín, de que todo fluya... cuando están a solas se sienten como “esponjas empapadas al máximo en emociones humanas” y saben que el paso del tiempo ha comenzado a marchitar el esplendor de su belleza. Los libros no son su especialidad. Ingenuas e ignorantes, ridículas, estúpidas, son expulsadas del refugio que el trabajo supone para los hombres. Las mujeres no saben escribir ni pintar.

La lectura y la escritura fueron para Virginia Woolf los asideros para enfrentar el estupor que provoca el desafío intempestivo de la muerte y de un tiempo atravesado por dos guerras mundiales en el que, como escribió, “el gran escenario de la historia envuelve nuestro pequeño escenario privado”. En los libros halló consuelo, alivio y distracción; y en la escritura, la capacidad para expresar los conflictos más profundos mediante un método arduo y complejo que le permitiría disolver la frontera entre el mundo interior y el exterior, prescindir de acciones y descripciones y hasta de emociones, para centrarse en lo esencial, en el continuo fluir de ideas y sensaciones, en la psicología cambiante de los personajes y en el dibujo de la visión de todo aquello que observaba incansablemente; en definitiva, en la ausencia de certezas, porque nada es una sola cosa. “Nada permanece, todo cambia; aunque no las palabras, ni tampoco la pintura”, escribe Virginia Woolf para Lily Briscoe.

Nada es una sola cosa da título a esta exposición colectiva que cierra el ciclo dedicado a Virginia Woolf en La Casa Amarilla, que se inició con la individual de Lina Vila, *Oscuridad floreciente*, y siguió con las de Sara Quintero, *De algas y perlas*, y *Las horas* de Ricardo Cotanda. A sus obras se unen en este nuevo proyecto las de Almalé y Bondía, Javier Aquilué, María Carbonell, Montserrat Gómez-Osuna, Louisa Holecz, José Noguero, Sylvia Pennings, Teresa Salcedo, Josep Tornero.

Virginia Woolf estaba convencida de lo mucho que tenían en común la escritura y la pintura. No en vano comparó su método con la técnica de pasar un pincel humedecido por el conjunto, como un barniz que atenuara o desdibujara las diferentes partes de la pintura que ya se han secado; el proceso de creación ocupó toda su atención, así como las obras de artistas cuyas exposiciones contempló en museos y galerías; y cedió su voz a la pintora Lily Briscoe en la novela *Al faro*, como se ha señalado.

Romper el tiempo y la unidad de espacio era el sueño de Virginia Woolf. Del reloj de Javier Aquilué se escucha el sonido del paso del tiempo. La vida suspendida en la sombra prende en las flores de Lina Vila; y el mundo se disuelve en las tinieblas de un cielo cubierto de nubes que contienen todas las lágrimas, en las obras de Ricardo Cotanda. Las luces y las sombras se entrecruzan y confunden en el corazón del bosque que pinta Sylvia Pennings, y en la pintura de José Noguero los árboles se inclinan atropelladamente bajo una nube oscura. Louisa Holecz pinta la capa nacarada que derrama el movimiento de las olas. Y Teresa Salcedo el suspiro de todos los mares. El pasado regresa en las obras de Montserrat Gómez-Osuna enredado en el presente, cuando la casa ya vacía y en ruinas persevera en la belleza que Almalé y Bondía logran atrapar. Sara Quintero recupera la imagen de Virginia Woolf convertida en dama del tarot de *La tierra baldía* de T. S. Eliot; y María Carbonell borda sus palabras y las hace dialogar con la pintura de Mary Moser en un estandarte feminista. El presente transcurre sobre el escenario del pasado, escribió Virginia Woolf; Josep Tornero pinta la presencia espectral del pasado. Nada es una sola cosa. [*Chus Tudelilla. Comisaria de la exposición*]